

gascones gozosos. — ¡ Cap de Bious ! ¡ vamos al Louvre !

Loignac se separó de la mesa, hizo pasar por delante de él á los cuarenta y cinco, contándolos cual si fueran carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí se hallaban tres grandes lanchas, que tomaron á bordo quince pasajeros cada una, y se alejaron al punto de la orilla.

— ¿ Qué diablos vamos á hacer al Louvre ? — se preguntaron los más intrépidos, despejados ya sus cascos por el frío del río, y la mayor parte de ellos muy mezquinamente vestidos.

— ¡ Si á lo menos tuviera yo mi coraza ! — murmuró Pertinaz de Moncrabeau.

## X.

## El hombre de las cerazas.

Mucha razón tenía Pertinaz en sentir la ausencia de su coraza, porque precisamente en aquella hora, por el intermedio del singular lacayo que hemos visto hablaba con tanta familiaridad á su amo, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oír aquellas palabras mágicas pronunciadas por la señora Fournichón : « diez escudos, » el lacayo de Pertinaz echó á correr tras del marchante.

Como era ya noche y sin duda el marchante de hierro viejo estaba de prisa, y había dado éste último unos treinta pasos cuando Samuel salió de la hostería.

Por consiguiente Guillermo se vió obligado á llamar al marchante.

Éste se detuvo con miedo, echó una mirada penetrante sobre un hombre que se dirigía hacia él; pero al verle cargado de mercancías, se quedó parado.

— ¿Qué quiere usted, amigo mío? — le preguntó.

— ¡Pardiez! lo que yo quiero es hacer trato con usted, — respondió el lacayo con un aire ladino.

— Pues bien, entonces despachemos pronto.

— ¿Está usted de prisa?

— Sí.

— Pero ya dará usted tiempo para respirar, ¡qué diablo!

— Sin duda, pero respire usted pronto, que me están aguardando.

Era evidente que el marchante conservaba cierta desconfianza respecto al lacayo.

— Cuando usted haya visto lo que le traigo, — dijo este último, — como usted me parece aficionado, creo que ya se detendrá.

— ¿Y qué es lo que usted me trae?

— Una magnífica pieza, una obra de la que... ¡pero usted no escucha!

— No, estoy mirando.

— ¿Qué?

— ¡Conque no sabe usted, amigo mío, — dijo el hombre de las corazas, — que el comercio de armas está prohibido por un edicto del rey?

Y echó en torno suyo miradas inquietas.

El lacayo creyó oportuno el aparentar ignorarlo.

— Yo no sé nada, — respondió, — pues acabo de llegar de Mont-de-Marsan.

— ¡Ah! Entonces es diferente, — dijo el hombre de las corazas, á quien pareció tranquilizar aquella respuesta; — pero aunque usted acaba de llegar de Mont-de-Marsan, — continuó, — sin embargo ya sabe usted que yo compro armas.

— Sí, cierto es que lo sé.

— ¿Y quién se lo ha dicho á usted?

— ¡Sangdious! Nadie ha tenido necesidad de

decírmelo, puesto que hace un momento lo ha gritado usted bastante fuerte.

— ¿ En dónde ?

— En la puerta de la hostería de la *Espada del bizarro Caballero*.

— Según eso estaba usted allí.

— Sí.

— ¿ Con quién ?

— Con una multitud de amigos.

— ¿ Con una multitud de amigos ? Pues ordinariamente no hay nadie en esa hostería.

— Entonces ha debido hallarla usted muy cambiada.

— En efecto. ¿ Pero de dónde venían todos esos amigos ?

— De Gascuña, como yo.

— ¿ Son ustedes partidarios del rey de Navarra ?

— ¡ Quite usted allá ! ¡ Nosotros somos franceses de corazón y de sangre !

— Sí, pero hugonotes.

— Católicos como nuestro santo padre el Papa, á Dios gracias, — dijo Samuel sacando su gorra, — pero no se trata ahora de eso, se trata de esta coraza.

— Acerquémonos un poco á la pared, si usted tiene á bien, porque estamos demasiado á descubierto en medio de la calle.

Y dieron algunos pasos hasta una casa de mediana apariencia, en cuyas vidrieras no se percibía ninguna luz.

Aquella casa tenía la puerta bajo una especie de sobradillo que formaba un balcón. Un banco de piedra acompañaba á la fachada de la que era el único adorno.

Aquel banco era á la vez útil y agradable, porque servía de estribo á los transeuntes para montar en mulas ó caballos.

— Veamos esa coraza, — dijo el marchante así que llegaron bajo el sobradillo.

— Mire usted.

— Aguarde usted, que siento pasos en la casa.

— No, es en la de enfrente.

El marchante se volvió.

En efecto, enfrente había una casa de dos pisos, de los que el segundo se alumbraba por momentos fugitivamente.

— Despachemos pronto, — dijo el marchante palpando la coraza.

- ¡Hein! ¡qué pesada es! — dijo Samuel.
- ¡Vieja, maciza, ya no es de moda!
- Objeto de arte.
- Seis escudos, ¿los quiere usted?
- ¡Cómo, seis escudos! ¿y acaba usted de dar diez por un viejo resto de coselete?
- Seis escudos, ¿sí, ó no? — repitió el marchante.
- ¡Pero considere usted la cinceladura!
- Para revenderla al peso, ¿de qué sirven las cinceladuras?
- ¡Oh, oh! Aquí regatea usted, — dijo Samuel, — y en la hostería ha dado lo que le han pedido.
- Añadiré un escudo, — dijo el marchante, con impaciencia.
- Sólo los dorados valen catorce escudos.
- Vamos, despachemos pronto, — dijo el marchante, — ó dejémoslo.
- Bueno, dijo Samuel, — usted es un pícaro marchante. Se oculta usted para hacer su comercio, infringe usted los edictos del rey, y regatea con las personas honradas.
- Vamos, vamos, no grite usted de ese modo!

- ¡Ah! Yo no tengo miedo, — dijo Samuel alzando la voz.
- Yo no hago un comercio ilícito y no tengo por qué ocultarme.
- Vamos, vamos, tome usted diez escudos y calle.
- ¿Diez escudos? le digo á usted que los vale sólo el oro. ¡Ah! ¿quiere usted escaparse?
- Yo no quiero escaparme, ¡qué hombre! — balbució.
- Es que si usted trata de escaparse, ya ve usted, grito á la guardia.
- Y diciendo estas palabras, Samuel había levantado tanto la voz, que hubiera sido igual efectuarse la amenaza sin hacerla.
- Á este ruido se había abierto una ventana del balcón de la casa á cuyo pie se hacía el trato, y el marchante había oído con terror el ruido de aquella ventana.
- Vamos, vamos, — dijo, — le daré todo lo que usted pide; ahí tiene usted quince escudos, y vaya usted con Dios.
- Acabáramos, — dijo Samuel metiéndose en el bolsillo los quince escudos.

— Es una grande fortuna.

— Pero estos quince escudos son para mi amo, — continuó Samuel, y yo necesito también alguna cosa.

El marchante miró en torno suyo, desenvainando la mitad de una daga. Era evidente que tenía la intención de hacer á la piel de Samuel un rasgón que le hubiese dispensado para siempre de hacerse con otra coraza para reemplazar la que acababa de vender; pero Samuel tenía el ojo alerta como un pardal que vendimia, y reculó diciendo :

— Sí, sí, buen marchante; veo tu daga, pero aun veo otra cosa; esa figura del balcón que te está viendo también.

El marchante, pálido de espanto, miró en la dirección indicada por Samuel, y vió en efecto al balcón una larga y fantástica criatura, envuelta en una bata con pieles de gato. Aquel Argos no había perdido ni una sílaba ni un ademán de la última escena.

— ¡Vamos, vamos! usted hace de mí lo que quiere, — dijo el marchante con una risa como la del chacal que enseña sus dientes, — ahí tiene

usted un escudo de más. ¡ que el diablo te ahogue! — añadió en voz baja.

— ¡ Gracias! — respondió, Samuel, — ¡ Buen negocio!

Y saludando al hombre de las corazas, desapareció riéndose socarronamente.

El marchante, que había quedado solo en la calle se puso á recoger la coraza de Pertinaz y acomodarla en la de Fournichón.

El del balcón seguía mirando; luego, cuando vió al marchante bien embarazado:

— Parece, amiguito, que compra usted armaduras, — le dijo:

— No, señor, — respondió el desgraciado marchante, — ha sido una casualidad, y porque la ocasión se ha presentado así.

— ¡ Entonces la casualidad me viene á pedir de boca?

— ¡ Por qué, señor? — preguntó el marchante.

— Figúrese usted que tengo justamente aquí al alcance de mi mano un montón de hierro viejo que me embaraza.

— No diré á usted que no; pero por ahora, como usted ve, tengo todo lo que me hace falta.

— Sin embargo, voy á enseñárselo.

— Es inútil, porque no tengo más dinero.

— Que no quede por eso, se lo daré al fiado, porque tiene usted trazas de un hombre muy honrado.

— Gracias; pero me están aguardando.

— ¡ Es extraño cómo me parece que le conozco á usted! — dijo el del balcón.

— ¿ Á mí? — replicó el marchante tratando inútilmente de reprimir un escalofrío.

— Mire usted esta celada, — dijo el del balcón arrastrando con su largo pie el objeto anunciado, pues no quería dejar el balcón porque el marchante no se escabuliese.

Y pasó, por el balcón, la celada anunciada á manos del marchante.

— Usted me conoce, — dijo éste, — es decir, cree usted conocerme.

— Es decir, le conozco á usted. ¿ No es usted?...

Y pareció recapacitar; el marchante permaneció inmóvil entretanto.

— ¿ No es usted Nicolás?

La cara del marchante se demudó; se veía temblar la celada en su mano.

— ¿ Nicolás? — repitió.

— Nicolás Truchón, mercader quincallero, calle de la Cassonnerie.

— No, no, — replicó el marchante sonriendo y respirando como hombre cuatro veces feliz.

— No importa; usted tiene buena cara, por consiguiente se trata de comprarme la armadura completa: coraza, brazaletes y espada.

— Hágase usted cargo que es comercio prohibido, caballero.

— Ya lo sé; pues bastante alto acaba de decirlo en este momento su vendedor.

— ¿ Lo ha oído usted?

— Perfectamente; hasta ha andado usted generoso en el trato, eso es lo que me ha sugerido la idea de tratar con usted; pero no tenga usted cuidado, que yo no he de abusar, sé bien lo que es el comercio, pues también yo he sido negociante.

— ¡ Ah! ¿ Y qué vendía usted?

— ¿ Qué vendía?

— Sí.

— Favor.

— Buen comercio, caballero.

— Así es que he hecho fortuna.

- Le doy á usted el parabién.
- Resulta de ahí que me gusta el vivir á mis anchuras, y que vendo todo mi hierro viejo porque me incomoda.
- Lo comprendo.
- Aun tengo ahí las corazas. ¡Ah! y los guantes.
- Pero no me hace falta nada de eso.
- Ni tampoco á mí.
- Tomaré solamente la coraza.
- ¿Luego no compra usted más que corazas?
- Sí.
- Es raro, porque al fin usted compra para revender al peso; á lo menos así lo ha dicho usted, y el hierro siempre es hierro.
- Es verdad, pero ya ve usted, con preferencia...
- Como usted guste, compre usted la coraza... ó más bien, tiene usted razón; vamos, no compre usted nada.
- ¿Qué quiere usted decir?
- Quiero decir que en unos tiempos como éstos, cada uno tiene necesidad de sus armas.
- ¡Cómo! ¿En completa paz?
- Querido amigo, si estuviésemos en completa

- paz, no se haría un comercio tal de corazas, ¡cuerpo de Crispo! No soy yo á quien se viene con esas cosas.
- ¡Caballero!
- Y sobre todo tan clandestinamente.
- El marchante hizo un movimiento para alejarse.
- Pero en verdad, cuanto más miro á usted más seguro estoy de que le conozco; no, usted no es Nicolás Truchón, pero lo mismo es, le conozco.
- ¡Silencio!
- Y si usted compra corazas.
- ¿Qué?
- Que estoy seguro de que es para hacer una obra grata á Dios.
- ¡Calle usted!
- Usted me encanta, — dijo el de la bata alargando por el balcón un inmenso brazo cuya mano fué á agarrar la del marchante.
- ¿Pero quién diablos es usted? — preguntó éste al sentir su mano apretada como en un torno.
- Yo soy Robert Briquet, apellidado el terror del cisma, amigo de la Unión, y católico rabioso. Ahora le reconozco á usted positivamente.
- El marchante se puso pálido.

— Usted es Nicolás... Grimbelot, zurrador de la vaca sin hueso.

— No, usted se equivooca. Adiós, maese Roberto Briquet; tengo un placer en haber hecho su conocimiento.

Y volvió las espaldas al balcón.

— ¡Cómo! ¿usted se va?

— Ya lo ve usted.

— ¡Sin tomarme mi hierro viejo?

— Ya he dicho á usted que no traía dinero.

— Mi criado irá con usted.

— Imposible.

— Entonces ¿cómo hacer?

— ¡Diantre! Quedemos como estamos.

— ¡Cuerpo de Crispo! ya me guardaré bien de ello, porque tengo grandes deseos de cultivar su amistad.

— Y yo de huir de la usted, — replicó el marchante, quien, esta vez, resignándose á abandonar sus corazas y á perderlo todo antes que ser reconocido, puso pies en polvorosa.

Pero Roberto Briquet no era hombre que se dejase batir así; bajó por el balcón á la calle casi

sin necesidad de saltar, y de cinco ó seis zancadas alcanzó al marchante.

— ¡Está usted loco, amigo mío? — dijo poniendo su ancha mano sobre el hombro del pobre diablo. — Si yo fuese su enemigo, si quisiese hacerle prender, no tendría más que gritar, pues á esta hora pasa la ronda por la calle de los Agustinos; pero no, usted es mi amigo, el diablo me lleve, y la prueba es que ahora me acuerdo positivamente de su nombre.

Esta vez el marchante se echó á reir.

Roberto Briquet se puso enfrente de él.

— Usted se llama Nicolás Poulain, dijo, — usted es teniente del prebostazgo de París; bien me parecía que había en esto algo de Nicolás.

— ¡Soy perdido! — balbuceó el marchante.

— Al contrario, se ha salvado usted, ¡cuerpo de Crispo! Jamás hará usted por la buena causa lo que yo tengo intención de hacer.

Nicolás Poulain exhaló un gemido.

— ¡Vamos, vamos! ¡ánimo! — dijo Roberto Briquet; — tranquilícese usted; usted ha hallado un hermano, el hermano Briquet; tome usted una coraza, yo tomaré las otras dos, y le regalaré mis



brazaletes; mis grebas y mis guantes además: vamos, ¡ en marcha, y viva la Unión !

— ¿ Usted me va á acompañar ?

— Le ayudaré á llevar estas armas que deben vencer á los filisteos; enséñeme usted el camino, pues ya le sigo.

Pasó por el alma del infeliz teniente del prebostazgo un relámpago de sospecha muy natural, pero se desvaneció tan pronto como había brillado.

— Si quisiese perderme, — dijo para sí, — ¿ habría confesado que me conocía ?

Luego en voz alta :

— Ya que usted lo quiere absolutamente, venga usted, amigo, — dijo.

— ¡ Amigos hasta la muerte ! — gritó Roberto Briquet apretando con una mano la de su aliado, mientras que con la otra levantaba triunfalmente en el aire su carga de hierro viejo.

Y ambos echaron á andar.

Al cabo de veinte minutos de marcha, Nicolás Poulain llegó al Marais, todo él bañado en sudor, tanto á causa de la rapidez de la marcha, como por el fuego de su conversación política.

— ¡ Qué recluta he hecho ! — murmuró Nicolás

Poulain parándose á corta distancia del palacio de Guisa.

— Sospechaba que mi armadura vendría hacia este lado, — pensó Briquet.

— Amigo, — dijo Nicolás volviéndose con un gesto trágico hacia Briquet, muy confitado en aires inocentes, — antes de entrar en la guarida del león, le dejo á usted reflexionar aún un minuto; es tiempo de que usted se retire si no está muy seguro de su conciencia.

— ¡ Bah ! dijo Briquet. — Á muchos he visto yo, y *non intremuit medulla mea*, — dijo en tono declamatorio. — ¡ Ah ! Perdone usted, puede que no sepa usted latín.

— ¿ Y usted lo sabe ?

— Como usted ve.

— Letrado, atrevido, vigoroso, rico, ¡ qué halazgo ! — dijo para sí Poulain; — vamos, entremos.

Y condujo á Briquet á la gigantesca puerta del palacio de Guisa que se abrió al tercer aldabazo.

El patio estaba lleno de guardias y de hombres embozados en capas, que lo recorrían como fantasmas.

En el palacio no había siquiera una luz.

Ocho de los caballos ensillados y embridados, estaban aguardando en un rincón.

El ruido de la aldaba hizo volverse á la mayor parte de aquellos hombres, los cuales formaron una especie de carrera para recibir á los recién venidos.

Entonces Nicolás Poulain, inclinándose al oído de una especie de conserje que tenía entreabierto el vestigüillo, le declinó su nombre.

— Y traigo un buen compañero, — añadió.

— Pasen ustedes, señores, — dijo el conserje.

— Lleve usted esto á los almacenes, — dijo Poulain entregando á un guardia las tres corazas y el hierro viejo de Roberto Briquet.

— ¡ Bueno ! hay un almacén, — se dijo éste; — va de bueno á mejor : ¡ cáspita ! ¡ qué organizador os hacéis, señor preboste !

— Sí, sí, hay juicio. — respondió Poulain sonriendo con orgullo; — pero venga usted, que yo le presente.

— Tenga usted cuidado, — dijo Briquet, — porque soy excesivamente tímido. Todo lo que yo quiero es que me toleren; cuando haya hecho mis

pruebas, me presentaré yo solo, como dice el Griego, por mis hechos.

— Como usted guste, — respondió el teniente del prebostazgo, — aguárdeme usted aquí.

Y fué á dar la mano á la mayor parte de los paseantes.

— ¡ Qué aguardamos aún ? — preguntó una voz.

— Al amo, — respondió otra.

En aquel momento acababa de entrar en el palacio un hombre de alta estatura; y había oído las últimas palabras cambiadas entre los misteriosos paseantes.

— Señores, — dijo, — yo vengo en su nombre.

— ¡ Ah ! Es el señor de Mayneville, — exclamó Poulain.

— ¡ Héme aquí en país conocido ! — dijo para sí Briquet haciendo un gesto que le desfiguró completamente.

— Señores, estamos todos; deliberemos, — repuso la voz que se había hecho oír la primera.

— ¡ Ah ! ¡ bueno ! — dijo Briquet; — este es mi procurador, maese Marteau.

Y cambió de gesto con una facilidad que probaba

lo muy familiares que le eran los estudios fisiológicos.

— Subamos, señores, — dijo Poulain.

El señor de Mayneville pasó el primero, siguióle Nicolás Poulain; los de las capas fueron tras de éste, y Roberto Briquet tras los de las capas.

Todos subieron los peldaños de una escalera exterior que conducía á una bóveda.

Roberto Briquet subía como los otros, aunque murmurando :

— ¿ Pero el paje ? ¿ en dónde diablos está ese paje ?

---

## XI.

## Aun la Liga.

En el momento en que Roberto Briquet subía la escalera detrás de todo un mundo, dándose un aire bastante decente de conspirador, percibió que Nicolás Poulain, después de haber hablado á sus misteriosos colegas, aguardaba á la puerta de la bóveda.

— Debe ser por mí, — se dijo Briquet.

En efecto, el teniente del prebostazgo detuvo á su nuevo amigo en el mismo momento en que éste iba á pasar el temible umbral.

— Usted no se incomodará conmigo, — le dijo ; — pero la mayor parte de nuestros amigos no le conocen á usted, y desean tomar informes antes de admitirle á su consejo.